

LUIS GONZALEZ, S. J.

Resumen de Ejercicios

Handwritten signature/initials in blue ink, possibly reading "F. al" or "F. al" with a flourish.

Separata de PERSEVERA, Octubre 1957

Ofrecemos estos esquemas de meditaciones tomados de una tanda de Ejercicios del

P. LUIS GONZALEZ, S. J.

seguros de que podrán ofrecer ideas abundantes tanto a los ejercitantes para sus propias meditaciones, como para los Directores de tandas.

CENTRO DE PASTORAL DE EJERCICIOS
Maldonado, 1 - MADRID

Con las debidas licencias

Principio y Fundamento

I. FIN DEL HOMBRE

(Ejercicios n. 23.)

1.—YO SOY UNA CRIATURA.

Por más que quiera no puedo reconocirme independiente: dependo en mi herencia de mis padres, de mi ambiente, de mi temperamento, y aun de los alimentos que ingiero.

Pero debo de reconocer mucho más, que dependo de Dios: porque inventó mi naturaleza, me dió la vida a través de mis padres, me situó en el tiempo y en el espacio y me ha encomendado una tarea fundamental: colaborar con El en la vida y salvarme.

Debo sentirme alegre de ser hombre.

Mucho más alegre todavía debo sentirme de ser un verdadero hijo de Dios.

Y de tener en la vida una noble misión que cumplir. Mi vida nunca debe ser estéril.

Debo sentirme responsable de lo que soy y tomar en serio mi papel de hombre y de hijo de Dios.

Y ante Dios sentirme más criatura; pero también más hijo.

2.—YO TENGO QUE RECONOCER MIS RELACIONES CON DIOS.

Porque soy "criatura" y porque soy "hijo" yo tengo con Dios unas relaciones que no puedo excusar.

Este es el fundamento de la actitud religiosa del hombre.

Nunca podemos escaparnos de las manos de Dios: aunque lo intentemos.

Como nunca encontraremos a nadie que nos quiera tan sinceramente como nuestro Padre Dios.

Debo pensar mucho en lo que significa en mi vida que Dios sea mi Señor y mi Padre.

Y frente a El, dar un nuevo sentido a estas palabras de San Ignacio, que resumen mi actitud religiosa:

Alabar: porque Dios siempre es sabio, y poderoso, y bueno, y misericordioso, aunque yo no lo entienda o se resista a creerlo mi orgullo.

Reverenciar: reconociendo su infinita superioridad sobre mí y la obligación continua de someterme a sus disposiciones. Debo ofrecerle alegremente todo lo mío, que es suyo también.

Servir: que no es sólo cumplir sus disposiciones, sino prestarme a colaborar con El en la hermosa tarea de “hacerme” a mí mismo, y de “hacer” este mundo, en que vivimos.

Todo equivale a decir, si lo pienso bien, que tengo que amar a Dios “con todo el corazón, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y con toda la mente”. (Mt. 22, 37).

Porque el amor se debe poner más en obras que en palabras: y éstos deben ser en mí los efectos prácticos de mi amor.

3.—YO TENGO UN DESTINO: EL CIELO.

Salvar el alma no es un motivo egoísta.

Es sencillamente alcanzar la felicidad a la que Dios me ha destinado, y por la cual yo siento, naturalmente, un deseo irresistible.

Salvar el alma, sorteando los azares de esta vida, es darle a Dios la mayor gloria. Y a Cristo Redentor, también: es el triunfo de su gracia en mí. Yo solo nunca hubiera podido.

Debo darle gracias a Dios, porque ha querido juntar mi felicidad con su gloria. Todo va unido.

Pero he de pensar que no se trata de un destino fatal: sino de algo que tengo que lograr con la responsabilidad de mi propia vida: mediante mi alabanza, mi reverencia y mi servicio—es decir, mediante mi amor típico a El, que abraza igualmente a los hombres—, alcanzaré mi propia salvación.

Quiero salvar mi alma. Quiero conseguir ya ahora su “salud”, que es la plenitud de su perfección y de su eficacia, no sólo porque es ventaja mía, sino porque ante todo es gloria suya.

Haré una letanía con estas ideas, que terminen siempre diciendo:

- gracias, Señor, gracias; o
- perdón, Señor, perdón; o
- que yo vea, Señor, que yo vea.

II. FIN DE LAS CRIATURAS

(Ejercicios n. 23.)

1.—LAS CRIATURAS.

Con esta denominación tengo que esforzarme por abarcar todas las cosas fuera de mí: las personas, las cosas materiales, los acontecimientos y hasta las alternativas que corren dentro de mí.

Acerca de todas estas cosas, que debo repasar ante Dios, he de pensar:

— todas estas cosas son realidades: en vano intentaría huirlas o fingir a mi capricho;

— estas cosas son “criaturas”: es decir, tienen el ser recibido enteramente de Dios: por tanto son un reflejo de sus perfecciones y por eso excitan en mí de alguna manera el deseo, que es nostalgia de Dios;

— estas cosas son “criaturas de Dios”: es absurdo que yo intente suplantar su dominio. Porque todas las cosas son suyas. Por tanto yo he de contar siempre con Dios: cuando dispongo del dinero, de la salud o del tiempo. De lo contrario robaría.

2.—LA VOLUNTAD DE DIOS SOBRE LAS COSAS.

Las cosas las ha destinado Dios para el servicio del hombre.

Esto nos consta por la naturaleza íntima de las cosas que sirven para eso.

Pero debo advertir que unas me sirven por el uso y otras por la renuncia. Esta actitud mía íntima de dominio y de sacrificio me perfecciona.

Pero notemos también que las cosas no han sido creadas para “mí”, sino para el “hombre”: no he de achicar su destino, ni cebar mi egoísmo.

Esto me impone el deber de trabajar para que "las cosas" lleguen a manos de todos y porque los hombres sean capaces de valerse de ellas con provecho.

He de medir esta grave y difícil responsabilidad.

Pero, en último término, pensaré que las cosas, aunque me sirvan a mí, están hechas para manifestar la gloria de Dios: porque o con sus perfecciones, en sí mismas, como la flor y la estrella, me dan a conocer lo que es Dios; o con sus renunciaciones y vicisitudes nos mejoran, esculpiendo en nosotros su imagen.

Y esta es su gloria.

3.—UNA REGLA FUNDAMENTAL DE VIDA.

He de pensar atentamente la consecuencia que de aquí deduce San Ignacio: "De donde se sigue, que el hombre tanto ha de usar de ellas, cuanto le ayudan para su fin, y tanto debe quitarse de ellas, cuanto para ello le impiden".

"Tanto-cuanto": he de mirar esta norma no como una receta que encoge, sino como un estímulo que ensancha mi responsabilidad y urge mi acción.

"Tanto-cuanto": no es sólo el resultado de un cálculo frío, sino la aplicación espontánea y lógica, al mismo tiempo, de un corazón ardiente, iluminado por la fe.

"Tanto-cuanto": no es sólo como un carril que encauza mi acción; sino como un camino nuevo, inexplorado, que se abre ante los ojos del hijo, que ha tomado como suyos los planes de su Padre.

Lo que es preciso que haya en mí es un amor decidido y ardiente: porque el "tanto-cuanto" es la reacción que le ocurre también al comerciante, al médico o al padre de familia en su campo.



III. LA INDIFERENCIA

(Ejercicios n. 23.)

1.—LO QUE ES LA INDIFERENCIA.

La indiferencia de que habla aquí San Ignacio:

— no es la abulia y falta de interés por las cosas;

— ni tampoco un dominio despótico sobre nuestros sentimientos.

La indiferencia que hemos de alcanzar consiste:

— en la plena libertad de la voluntad, para abrazarse con lo que es mejor, sin esclavizarnos a la costumbre, al prejuicio, o a la afición;

— esta plena libertad de los hijos de Dios responde a una visión verdadera de las cosas, porque descubre en ellas su valor relativo y no se deja engañar por la apariencia. En los hijos de Dios el amor está jerarquizado y pone cada cosa en su sitio;

— consiste en la disponibilidad absoluta para situarnos en la vida, para rehacer si es preciso nuestra historia; para aceptar las consecuencias, sean las que fueren, del Evangelio y de la voluntad de Dios sobre mí.

Sin esta indiferencia ¿podría conseguirse la santidad?

Tampoco me sería posible sacar fruto de estos ejercicios.

2.—LOS EJEMPLOS DE SAN IGNACIO.

Los ejemplos de indiferencia, citados por San Ignacio en el texto, tienen un particular interés. Tengo que pensarlos:

1) He de hacerme indiferente a la *salud* y a la *enfermedad*: prescindiendo de mis aficiones íntimas y de mis repugnancias

he de estar siempre dispuesto a lo que Dios quiera de mí. Y para aprovecharme de una y de otra para servirle mejor.

2) He de hacerme indiferente a la *riqueza* y a la *pobreza*: aceptando las responsabilidades de las riquezas, si Dios me las impone y sacando partido de mi pobreza. Pero también dispuesto a imponer el límite querido por Dios a mis ganancias y a mis gastos.

3) He de hacerme indiferente a la *honra* y a la *deshonra*: aceptando o rechazando cargos con absoluta libertad de espíritu, según la voluntad de Dios, y no según mi capricho o la afición de mi familia.

4) He de hacerme indiferente a la *vida larga* o a la *vida corta*: que todo ello se puede poner en juego cuando trato de calcular el límite a mi trabajo, a mis hijos, a los gastos de mi enfermedad, al régimen de mis comidas o a mi aprensión subjetiva.

3.—EL UNICO REMEDIO.

Todo esto resulta difícil, imposible, cuando falta un resorte interior.

Pero todo eso resulta perfectamente lógico y deseable cuando se ha llegado a amar a Dios sobre todas las cosas, más que a sí mismo.

Por eso dice San Ignacio que el remedio está en que “solamente desee y elija lo que más conviene para el fin para el que soy criado”.

Esto es lo que debo proponerme desde ahora.

Y esa tiene que ser la orientación de todos mis ejercicios: llegar a amar a Dios con todo el corazón, y con toda el alma, y con toda la fuerza, y con toda la mente.

Porque a eso se reduce en último término toda la vida cristiana.



Meditación de los tres pecados

(Ejercicios nn. 45-54.)

Antes de comenzar la oración me debo poner en pie, si estoy en mi aposento, y después de haber pensado durante medio minuto que Dios está conmigo, le adoraré besando el suelo con humildad. (Ej. n. 75).

Entonces conviene que me ponga de rodillas y que pida gracia a Dios N. S. para saber orar; pero también para que toda mi vida y especialmente este rato de oración se encamine puramente a servirle. (Ej. n. 46).

Luego me ayudará quedarme un rato imaginándome que soy un desterrado, que vivo lejos de la casa de mi Padre Dios, como encerrado en este cuerpo mortal y en medio de un mundo corrompido. (Ej. n. 47).

Pero, sobre todo, conviene que emplee un largo rato en pedir, con espíritu filial, humildemente, confiadamente, sin cansarme, esta gloria: “vergüenza y confusión de mí mismo viendo cuántos han sido castigados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo he merecido ser condenado para siempre por haber pecado tanto”. (Ej. n. 48).

Para conseguir esta gracia, que es lo que ahora quiero y deseo, lo primero es pedir, para que me la conceda el Señor; pero, además, yo debo poner de mi parte algunas consideraciones. Por ejemplo:

PECADO DE LOS ANGELES:

Ellos eran mejores que yo en todos los órdenes.

Por eso su pecado fué sin duda más grave que el mío: cuando no quisieron colaborar con la gracia de Dios para hacer reverencia y obedecer a su Criador y cayeron en la soberbia.

Pero mi pecado fué semejante al suyo. Y lo que más debe admirarme es que con ellos no se tuvo la consideración que ha tenido Dios conmigo, a pesar de su dignidad. Y su castigo fué horrible.

Yo ¿he agradecido el perdón que se me ha concedido tantas veces?

Trataré de comprender mejor lo que es el pecado a la vista de lo que ellos hicieron y del castigo justo de Dios.

Todo ello debe incitar en mí la vergüenza humilde y la confusión ante Dios. Pero lleno de confianza.

PECADO DE ADAN Y EVA.

De nuevo insistiré en conocer la historia del pecado en el mundo.

Es cierto que su pecado fué más grave que el mío, porque tenían más gracia y su naturaleza era más dócil a su voluntad.

Sin embargo, su historia, tan humana, tan mía, con sus repercusiones sociales tan graves y tan lejanas, me debe hacer pensar en lo que hice y en el daño que causé pecando.

Pero, sobre todo, a la vista de su castigo en ellos y de mi impunidad, he de sentir vergüenza y confusión: porque yo soy también culpable.

Y de nuevo, sobre mi confusión y vergüenza, mi confianza humilde y rendida.

PECADO DE UN HOMBRE CUALQUIERA.

Pudo haber un hombre que se condenara por un solo pecado. Porque el castigo justo impuesto por Dios a la culpa mortal es el infierno.

No debiera extrañarme si lo pienso bien: porque el pecado es un abandono voluntario, libre, de Dios. Y el infierno es ante todo el abandono y el alejamiento de Dios. Es decir, que el infierno, es sólo la última consecuencia, insospechada, de lo que yo quise al pecar.

Quizás nunca pensé lo que hice al pecar. Pero el espectáculo de un condenado, como yo, debiera hacerme tomar en serio lo que hice.

Y sentir vergüenza y confusión, no sólo de que hice nada menos que un pecado, sino de que Dios ha disimulado conmigo y hasta me ha perdonado muchas veces.

Antes de terminar debo mirar a Jesucristo en cruz. Y sentir vergüenza, porque El sufrió por mí. Y preguntarme qué hice, qué hago y qué debo hacer por El.

Meditación de los pecados propios

(Ejercicios nn. 55-61.)

Ante todo he de caer en la cuenta de que Dios me mira: para humillarme ante El y acordarme que orar es hablar familiarmente con El.

Al ponerme de rodillas le pediré gracia para orar bien y para que mi vida entera, mucho más mi corazón, se oriente hacia El.

En esta meditación me puede ayudar: o verme como desterrado y humillado en este mundo (Ej. nn. 55, 48), o imaginarme que Dios es un rey y yo un vasallo traidor, que he sido hecho prisionero y me han traído a su presencia. (Ej. n. 74).

Lo que ahora tengo que pedir con insistencia es "crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados" (Ej. n. 55). Es decir: que alcance un amor de Dios tan grande, que me haga aborrecer por contrición, por amor suyo, mis pecados y setir aversión a ellos. El llegar a llorar no depende de mí, sino de su gracia: son las únicas lágrimas que valen ahora. Pero llorar no es preciso; aunque cuando Dios lo concede transforma al mismo tiempo el corazón.

Para alcanzar esta gracia lo más importante es pedir.

Pero debo ayudarme también de mi trabajo, tratando de entender mejor mi situación de pecador.

1.—PROCESO DE MIS PECADOS. (Ej. n. 56).

No se trata de pensar en ellos descendiendo a detalles. Sino de recorrer sumariamente mi vida pensando en los sitios donde viví desde niño, las personas con quienes traté y los cargos y responsabilidades que tuve.

Quizás eso solo sea bastante para excitar en mí el dolor y las lágrimas: hice tanto daño; dejé de hacer tantas cosas oportunas; he dejado una huella y un recuerdo doloroso Dios sabe dónde...

2.—PONDERAR MIS PECADOS. (Ej. n. 57).

Puede serme útil reducirlos a los siete pecados capitales: soberbia, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza.

Cuando se miran uno a uno se avergüenza cualquiera de ser

así. Aun prescindiendo de la prohibición divina y del castigo y la amenaza.

Porque en realidad tengo que convencerme de que Dios me lo ha prohibido porque me hacía daño. Dios no tiene la culpa.

3.—MIRAR QUIEN SOY YO. (Ej. n. 58).

Conviene ahora más que nunca, para alcanzar lo que quiero, evocar mi insignificancia. Me bastará compararme con todos los hombres que existen, con todos los ángeles y santos, con Dios.

Así he de admirar mi pequeñez cósmica y mi fealdad y mi malicia moral. Soy como una llaga ulcerada que emana corrupción.

En contraste con tanta miseria apreciaré mejor la misericordia que ha tenido Dios conmigo, y sentiré dolor, porque le ofendí.

4.—CONSIDERAR QUIEN ES DIOS CONTRA QUIEN HE PECADO. (Ej. n. 59).

Lo que importa aquí pensar, para “dolerme y llorar”, es, no sólo su grandeza, sino mi malicia, porque pecando le ofendí misteriosamente:

- le ofendí anteponiendo mi ignorancia a su sabiduría;
- le ofendí anteponiendo mi debilidad a su omnipotencia;
- le ofendí anteponiendo mi iniquidad a su justicia;
- le ofendí prefiriendo mi malicia a su bondad.

Y todo eso tiene mayor gravedad cuando se piensa lo que Dios ha hecho por mí, no sólo al crearme y al conservarme, sino al redimirme.

5.—LO QUE REPRESENTA PARA MI LA VIDA. (Ej. n. 60).

Para dolerme y llorar me ayudará también descubrir un beneficio de Dios en cada criatura que me sirve. Porque siendo así que todos debieran rebelarse contra mí para vengar mis pecados, se ofrecen a ayudarme porque lo quiso Dios.

En cada una de ellas he de ver un testigo de la misericordia y del amor que ha usado Dios conmigo.

Para terminar conviene que hable largamente con Jesucristo de lo que es su misericordia y de lo bueno que ha sido conmigo.

Repetición de las meditaciones de los pecados

(Ejercicios nn. 62-63.)

El acto de presencia de Dios y la oración preparatoria de la oración siempre han de hacerse.

En esta ocasión, la composición de lugar y la petición deben ser la misma también, puesto que se trata de repetir las meditaciones anteriores.

San Ignacio sabe muy bien que una gracia tan importante para mí, como es conseguir la humildad de corazón y el amor de Dios, como respuesta a mis pecados, no se puede conseguir ascéticamente en un momento.

Por eso, buen psicólogo, insiste en la repetición de las ideas.

Aunque me parezca haber entendido lo que medité, si vuelvo a repetirlo hallaré nueva luz. Y además las ideas y los sentimientos penetrarán más hondos en mí.

Pero conviene tener en cuenta lo que advierte San Ignacio: que se ha insistir sobre todo en aquellos puntos en los cuales he descubierto mayor luz, o en los cuales he tropezado con mayor oscuridad. (Ej. n. 62).

Todavía nos aconseja San Ignacio que hagamos otra cosa muy útil: que resumamos lo meditado, como solemos resumir para un examen un capítulo o un tratado. Así cuando todo parece que se abarca de un vistazo, lo recordamos mejor, y lo entendemos más claramente. (Ej. n. 64).

Pero sobre todo, en esta ocasión debemos insistir en un triple coloquio.

Porque debemos acostumbrarnos a tratar nuestros asuntos con la Virgen, con Jesucristo y con el Padre Celestial.

Familiarmente, sencillamente. Como quien habla con un amigo. ¿Con quién podemos tener más confianza?

Pero el estilo de nuestro trato con Ellos ha de insistir sobre todo en la súplica, con plena conciencia de nuestra impotencia y de su eficacia: la Virgen suplicando, y Dios otorgando.

Cuando tratamos con la Virgen, quiere San Ignacio que nos acostumbremos a decirle un Ave María, que me sepa a nueva.

Cuando trate con Jesucristo puedo decirle el Alma de Cristo.

Cuando hable con el Padre, el Padre nuestro.

Así me habitaré a decir con verdad y con amor estas oraciones tradicionales y hallar en ellas devoción y gusto espiritual.

Pero no es esto solo lo que tengo que hacer ahora. Tengo que suplicar concretamente en mi triple coloquio estas gracias:

1) "Que sienta interno conocimientos de mis pecados": porque es difícil conocer con nuestros ojos cargados de amor propio, nuestros pecados; pero mucho más difícil llegar a calcular el daño que con ellos cometí y sentir por haberlos cometido, vergüenza y confusión y detestación de ellos.

2) "Que sienta el desorden de mis operaciones, para que aborreciendo me enmiende y me ordene": porque de ahí brotan mis pecados, del desorden en nuestro modo de pensar y de querer y de trabajar. Y porque es difícil conocer nuestro carácter y más difícil todavía corregirse. Y porque si no logro corregirme en eso, mis pecados seguirán repitiéndose y multiplicándose.

3) "Que alcance conocimiento del mundo, para que aborreciéndolo aparte de mí las cosas mundanas y vanas": porque el mundo es el engaño colectivo que nos induce a pecar. Porque lo propio del mundo es juzgar por las apariencias y no por la verdad de las cosas: apariencia de felicidad o de desgracia; apariencias de eficacia o de deshonor. Y porque buscamos con engaño la felicidad, no acertamos a vivir en la verdadera paz.

Y así debo pedir para adquirir conocimiento de mis pecados, amor a la justicia; para alcanzar conocimiento y aborrecimiento del desorden de mi carácter, amor a la imagen de Jesús en mí; para aborrecer el mundo no hay como amar apasionadamente la verdad.



Meditación del infierno

(Ejercicios nn. 65-72.)

No comiences nunca la oración hasta no haber caído en la cuenta de que Dios está contigo. Si no ¿cómo vas a dialogar con El?

Y ante todo pídele gracia para que tu vida y tu oración vayan de acuerdo, de tal manera dirigida derechamente a El, que no ambiciones otra cosa que servirle.

Para meditar en el infierno te ayudará probablemente imaginártelo.

Pero sobre todo pedir. Pedir que te avive la fe en la amenaza insistente de Jesús. Puedes consultar con fruto, antes de comenzar la meditación, algunos pasajes del Evangelio y repetir actos de fe en su palabra infalible: los tormentos (Lc. 16, 24-28); las llamas (Mt. 25, 41); el llanto (Mt. 13, 42); el gusano que no muere (Mc. 9, 43); el llanto y el crujir de dientes (Mt. 13, 50); las tinieblas exteriores (Mt. 22, 13).

He de pedir sobre todo "sentimiento de la pena que padecen los condenados" como algunos santos lo sintieron y quedaron escarmentados para siempre. Y que me haga temer de tal manera: "que si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no caer en pecado". (Ej. n. 65).

Para conseguir esta gracia lo mejor es pedir.

Pero también he de pensar para hacerme cargo, en cuanto pueda, de la amenaza de Jesús, y temerla, en serio.

Para meditar podemos agrupar los datos de la Sagrada Escritura en cinco capítulos, que corresponden a nuestros cinco sentidos. Evoquémoslos; pero no como quien recuerda, sino como quien revive la experiencia de los tormentos.

1.—VER:

- el fuego, como cuando temo caer precipitado en un horno;
- los condenados sumergidos en el mar de fuego;
- la cara de Jesús, manso y humilde, airado ahora contra mí;
- mi propia vida desde allí: sus penas y sus satisfacciones;

Meditación del rey temporal

(Ejercicios nn. 91-109.)

Piensa que Dios está dentro de ti: adórale.

Búscale a El solo en tu vida y en tu oración: lo cual equivale a decir que no te busques ni a ti mismo, ni tu propio consuelo.

Ahora te puede ayudar el imaginarte "las sinagogas, villas y castillos, por donde Cristo nuestro Señor predicaba" (Ej. n. 91) como con una vista panorámica de cine. Pensando en ese Jesús, perpetuo caminante, entenderás mejor su predicación del Reino.

Pero, sobre todo, insiste en la oración de súplica: "que no sea sordo a su llamamiento, sino presto y diligente para cumplir su santísima voluntad". (Ej. n. 92). Porque la voluntad de Jesucristo sobre ti hoy, es que llegues a ser hombre, cristiano y Fulano de Tal, en las circunstancias concretas de tu vida. Entender lo que Dios quiere de ti este año, sería una gran cosa.

San Ignacio propone el ejemplo de un rey que organiza una campaña y pide voluntarios. Los detalles puedes leerlos en el libro de los Ejercicios nn. 92-94.

Pero lo que interesa es analizar tus reacciones ante este sueño:

— ¿eres capaz de admirar la amistad y sentirla? O ¿eres egoísta y refractario a la amistad?

— ¿eres capaz de entusiasmartte con una empresa grande? O ¿eres materialista y calculador?

— ¿eres capaz de sentir la emulación, cuando los mejores se te adelantan? O ¿eres tímido y tienes entonces complejo de inferioridad?

Desde luego, sea cual fuere el resultado de tu análisis, no debes desanimarte. A lo más aprovechar tu fracaso interior para ser humilde y pedir con más fervor a la Virgen que te haga "hombre".

Pero lo que importa sobre todo es que pienses en Jesucristo y en su empresa.

- las gracias que desperdicié y mi propia culpabilidad;
- el mal que hice y el cielo lejano, imposible, que perdí.

2.—OIR:

- las voces, los llantos y los alaridos de los condenados;
- las blasfemias contra Jesucristo, la Virgen y los Santos;
- la sentencia de Jesús: "Apartaos de mí—malditos—al fuego eterno" con palabras que hacen lo que dicen;
- las maldiciones contra mí y el sarcasmo por lo que fui;
- las amenazas verdaderas de Jesús, con que me advirtió el peligro;
- el eco de las absoluciones que recibí;
- la armonía lejana inalcanzable del cielo.

3.—OLER:

- humo, azufre (Apoc. 19, 20), sentina y cosas pútridas (Ejercicios n. 68);
- la corrupción de mi propio cuerpo;
- el hedor de los vicios del alma;
- el incienso de la oración de los Santos, que ya no asciende por mí.

4.—GUSTAR:

- las lágrimas de mi tardío arrepentimiento;
- la tristeza del fracaso de mi vida;
- la amargura de mi conciencia impenitente;
- el cáliz de la ira de Dios;
- la sed y el hambre de quien en otro tiempo comió y bebió el cuerpo y la sangre de Cristo;
- el desprecio y la vergüenza de haber sido arrojado fuera.

5.—TOCAR:

- el fuego en el cuerpo y en el alma;
 - el propio cuerpo con que pequé en otro tiempo.
- Y pensar en la eternidad. Y comparar el placer y la pena de la vida con esto.

Porque si eres capaz de amistad, no encontrarás un amigo como Jesús. Piénsalo en serio.

Porque si eres capaz de sentir la grandeza de una empresa, no hallarás otra como la "revolución de los hijos de Dios", que viene a implantar Jesucristo en el mundo.

Porque si sientes el estímulo de la emulación, no podrás resistir la vergüenza de ver que se te adelantan los santos.

Lo que importa es que ofrezcas "toda tu persona" a Jesucristo para trabajar en su empresa, entre los mejores.

Pero eso sólo podría ser fácilmente en ti una ilusión.

Es preciso que te ofrezcas con responsabilidad, concretamente a algo.

Y San Ignacio te enseña a ofrecerte a la pobreza voluntaria y a la humillación.

Es fácil que te parezca exagerado o inútil el ofrecimiento.

Pero te equivocarías: porque no sólo te ofreces hasta lo más difícil, pasando por todo, sino que supone que has entendido en qué consiste lo más hondo y difícil de su llamamiento.

Porque para ser cristiano, "verdadero hijo de Dios", tienes que tener como El: libre tu espíritu de toda atadura; generoso hasta darlo todo; libre del respeto humano, porque te interesa sobre todo la aprobación de tu Padre.

Por eso con toda mi alma he de formular mi "ofrenda", con las rudas e hirientes palabras de Ignacio: "Eterno Señor de todas las cosas: yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome Vuestra Santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado". (Ej. n. 98).



Meditaciones sobre la vida de Jesucristo

(Ejercicios nn. 110-117; 261-286.)

Piensa que Dios te escucha cuando oras: porque Dios vive.

Ofrécele tu oración como entrenamiento de tu vida. No le pidas a cambio sino "su amor y gracia". Esto es buscarle a El solo.

Te ayudará, cuando medites una escena evangélica, imaginártela y revivirla. A eso se llama la composición de lugar. Por eso tendrás que variarla, conforme a las escenas que meditas.

Insiste mucho en la oración de súplica. Que tu oración sea filial, humilde, confiada, perseverante. Al meditar los misterios de la vida de Jesús, tu deseo debe ser siempre el mismo: "conocimiento interno de Jesucristo, para que conociéndole le ame, y amándole le siga". (Ej. n. 104).

Por eso, cuando pienses en las escenas de su vida, el fruto que debes conseguir será siempre éste, poco más o menos: que tú llegues a ser como Jesús. Y para conseguirlo, necesitas dos cosas imprescindibles: conocerle y amarle.

Los misterios de la vida de Cristo pueden ser varios.

Sea cual sea el misterio que elijas, repite: **JESUCRISTO: YO QUIERO SER COMO TU.**

Por vía de ejemplo, ejercítate en estas consideraciones:

Anunciación. Jesucristo: yo quiero ser como Tú: un hombre capaz de hacer las cosas de verdad.

Frente a mi prurito por cubrir las apariencias, y a mi satisfacción fácil por haber llenado el expediente, y a mi título vacío de hombre y de cristiano: la verdad de tu encarnación y de tu remedio.

Visitación. Jesucristo: yo quiero ser como Tú: un hombre que hace y no aparece.

Frente a mi ridícula afición a la escena, y al agradecimiento de todos y a la alabanza: tu actitud silenciosa y eficaz al santificar al Bautista por medio de tu Madre bendita.

Nacimiento. Jesucristo: yo quiero ser como Tú: un hombre capaz de buscar la austeridad a propósito.

Frente a mi codicia descarada, o mi indulgente condescendencia con el lujo y la vida fácil: tu obstinada voluntad de descomponerlo todo, hasta los proyectos maternales de la Virgen, para nacer en pobreza y mostrarnos así que eres más grande.

Los pastores. Jesucristo: yo quiero ser como Tú: un hombre que busque sus colaboradores entre los que valen, sin prejuicios sociales.

Frente a mi convencionalismo fracasado, que sólo acierta a descubrir valores entre los de arriba y los cultivados; tu verdad que sabe descubrir en cualquier hombre su principio de salvación y su grandeza.

Circuncisión. Jesucristo: yo quiero ser como Tú: un hombre que sabe llevar su nombre con dignidad.

Frente a mis "títulos" incumplidos, desprestigiados de hombre, de cristiano, de estudiante, de padre...: la ejemplaridad de tu nombre JESUS, que comprende toda tu vida, y que debiera ser también el mío.

Reyes Magos. Jesucristo: yo quiero ser como Tú: un hombre que busca la eficacia por dentro.

Frente a mi criterio de apostolado que se entretiene en lo espectacular y lo resuelve todo en propaganda y en adhesiones estériles: tu acción íntima a través de la estrella en el alma de aquellos hombres: su fortaleza, su gozo íntimo y su adoración sencilla.



Meditación sobre la Encarnación

(Ejercicios nn. 101-109.)

Piensa, cuando al comenzar la oración caes en la cuenta de que Dios te mira, que el mirar de Dios es amar. ¿No te gusta pensar que te está amando Dios?

Enderezar a Dios tu corazón significa conseguir que llegues a ver las cosas con los mismos ojos que Dios, y a quererlas como las quiere Dios. Pide gracia para orar bien.

El misterio de la Encarnación es preciso pensarlo en toda su grandeza. Por eso quiere San Ignacio que te imagines como tres escenarios simultáneos, donde abarques con una mirada el cielo, el mundo y la casita perdida en la montaña de la Virgen, donde se obra el milagro.

Pide mucho. Lo que ahora debes desear y querer es lo que debe ser objeto diario de tu petición: "conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga". (Ej. n. 104). Es decir: pide un conocimiento que penetre hasta el misterio de la persona divina de Jesús, y en ti hasta el sentimiento; un amor que te haga identificarte con El y olvidarte de ti; y un seguimiento que no sólo me haga caminar a su lado, sino que me haga reproducir en mí su vida y adherirme a su Cuerpo, que es la Iglesia.

Para meditar los misterios de la vida de Jesucristo nos aconseja San Ignacio que revivamos la escena. No sólo viendo las personas (como en una proyección), y oyendo lo que dicen (como si escucharas la radio) y viendo lo que hacen (como quien contempla el cine), sino tomando parte en la escena.

Para tomar parte en la escena unas veces puedes imaginarte que tomas parte entre el público, y atrevete a ponerte en contacto con Jesús, y sírvele. Otras será más provechoso que intentes representar el papel de Jesús: hasta revestirte de sus sentimientos y vibrar con su corazón. El te enseñará a hacer ese papel tan difícil, que es el tuyo.

Hay que "vivir" así el Evangelio.

La repetición sucesiva de personas, palabras y acciones grabará más hondamente, de ordinario, la lección.

Y luego reflexiona sobre ti mismo, para ordenar tu vida y corregirte emulándole.

Ahora conviene que pienses en la Encarnación. Es el acto más trascendental de la vida de Jesús. El que mejor nos aclara su misterio personal.

1) MIRA LAS PERSONAS:

— a los hombres, entonces, como ahora, en su extraña diversidad accidental, y en su triste homogeneidad de pecado: todos viven de espaldas a Dios, engañados por la seducción de las criaturas;

— a la Santísima Trinidad, que no advierte en los hombres bajo sus apariencias, sino su peligrosa salvación y su fracaso;

— a la Virgen y al Angel, con su belleza, su sencillez y su fidelidad.

2) OIR LO QUE DICEN:

— los hombres: con su lenguaje de siempre, soez, interesado y laico;

— la Santísima Trinidad: con sus palabras de amor y su decreto eficaz de salvar a la Humanidad por la encarnación de su Hijo;

— el Angel y Nuestra Señora: con la maravillosa conversación histórica que nos refiere San Lucas en c. 1, vv. 28-38.

3) VER LO QUE HACEN:

— los hombres: inconscientes del amor divino, obstinados en sus intereses mezquinos y en sus pasiones caducas;

— la Santísima Trinidad: obrando la santísima encarnación en el seno de la Virgen;

— el Angel y la Virgen: con su obediencia, su sencillez y su silencio.

Antes de acabar tengo que hablar con absoluta sencillez; así he debido aprenderlo hoy, con la Virgen, con Jesucristo y con el Padre.

Meditación de dos banderas

(Ejercicios nn. 136-148.)

Cae en la cuenta de que tienes en ti al Espíritu de Jesús. No eres un extraño. El ayudará tu oración (Rom. 8,26), te hará acercarte con confianza al Padre (Gál. 4,6) y arrancará de ti gemidos inenarrables para sentirte hijo suyo (R. 8,26).

Pídele que te ayude a hacer bien esta meditación, que puede ser una de las más provechosas de los Ejercicios: que logres ver las cosas con sus ojos y quererlas con su corazón.

Lo que tratamos ahora es de conocer en síntesis la doctrina de Jesucristo en el Evangelio y su táctica de llevar las almas a la santidad. Por contraste, tratamos de conocer también la táctica y el propósito de Satanás. Para que nos aficionemos a la doctrina de Jesucristo, y tratemos de librarnos de los engaños de Satanás.

Pide esta gracia.

BANDERA DE SATANAS.

Al contemplar el proyecto de Satanás, fija sobre todo tu atención en esto:

1. Satanás quiere llevar a los hombres a la soberbia, es decir, a la satisfacción de sí mismo; al egoísmo; a una aparente independencia de toda autoridad; a una negación del servicio debido a Dios y a los hermanos. Porque de la soberbia fácilmente nos podrá inducir a todos los vicios.

2. Para hacernos caer en la soberbia, nos tienta “echándonos redes y cadenas”:

— por la codicia de riquezas: es decir, por el deseo desordenado de poseer, no sólo dinero, sino todo aquello que tiene un valor para redondear nuestra personalidad: ciencia, virtud, simpatía, habilidad, etc. Porque sabe que ahí radica la estima desordenada de nosotros mismos;

— por el vano honor del mundo, es decir, fomentando en nosotros la estima de la opinión humana, hasta juzgarnos por ella, dignos de estima, o fomentando en nosotros el despecho soberbio, si no se nos reconocen los méritos.

BANDERA DE JESUCRISTO.

Jesucristo se propone de nosotros todo lo contrario:

1. Quiere “ayudar a atraernos” a la humildad verdadera. Es decir, al juicio verdadero acerca de nosotros mismos, porque la humildad es la verdad. Este juicio de nosotros mismos nos hará adoptar una postura auténtica ante Dios y ante nuestros hermanos y ante nosotros mismos.

2. Para traernos Jesucristo a la verdadera humildad nos induce:

— a la pobreza de espíritu, es decir, al desprendimiento de todas las cosas, reconociendo que todo es de Dios, no nuestro; y al deseo de pobreza actual, es decir, al deseo de experimentar por la carencia de todas las cosas materiales y espirituales, nuestra propia nada;

— al deseo de experimentar oprobios y afrentas, para conocer por experiencia la vanidad del juicio de los hombres, perderles el miedo, y tratar de contentar solamente a Dios.

Conviene advertir en el texto de los Ejercicios, cómo esta doctrina de Jesucristo se dirige especialmente a los apóstoles “sus siervos y amigos... encomendándoles que a todos quieran ayudar” (Ej. n. 146). Lo cual significa, que tenemos en estas palabras el resumen de nuestro mensaje evangélico, que hemos de asimilar y propagar con toda fidelidad y cariño.

Antes de terminar esta meditación debo dirigirme largamente a la Virgen, a Jesucristo y al Padre celestial, pidiéndoles que a cualquier precio me alcancen el conseguir la verdadera humildad, dando por descontado que tendré que experimentar pobreza y humillaciones. Pero todo lo tenemos por ventaja, con tal de conseguir esta gracia.

✱ ✱ ✱

Meditación de los tres binarios

(Ejercicios nn. 149-157.)

Piensa, no sólo que te mira Dios, sino que te miran los santos y los ángeles, que están pidiendo por ti, para que aciertes en la vida.

Pídele a Dios al comenzar tu oración que de tal manera le busques ahora y siempre, a El solo, que elija lo que más conviene para darle a conocer ante los hombres (esa es su gloria) y para la salud y perfección de mi alma.

En esta meditación nos propone San Ignacio el ejemplo de tres hombres (los llama binarios empleando un término de la época), para que viendo tu caso en una tercera persona, más fácilmente te reconozcas a ti mismo y te animes a ser de los mejores.

LOS EJEMPLOS.

Los tres hombres en cuestión tienen ahorrado un pequeño capital: total cuarenta o cincuenta mil pesetas. Lo han adquirido lícitamente, pero, como suele suceder, sin buscar “puramente”, es decir, solamente el servicio de Dios.

Ahora quieren amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas. Y por eso quieren quitar la afición desordenada que tienen a ese dinero, es decir, el amor que le tienen por sí mismo, no por Dios.

Fíjate bien lo que se proponen hacer los tres para quitar el afecto desordenado al dinero:

El *primer binario* no hace nada: aguarda a la hora de la muerte para hacer algo;

el *segundo binario* decide quitar el afecto, pero de tal manera, que en todo caso se quede con el dinero;

el *tercer binario* puesto que lo que quiere es amar a Dios

con todo el alma, sin que le reste nada el dinero, está dispuesto desde el primer momento a dejar el dinero. Más aún: hace cuenta que ya lo ha dejado y está decidido a no volverlo a tocar, hasta que no se decida a cogerlo "puramente por Dios".

¿Me reconozco en alguno de estos ejemplos?

Probablemente será preciso sustituir el ejemplo del dinero por el de un destino, una ganancia, una amistad... Entonces es posible que me vea con dolor a mí mismo...

PUNTOS DE EXAMEN.

A la vista de estos tres ejemplos puedo examinar mi conducta de esta manera:

— ¿Soy de los que quieren una cosa y retrasan indefinidamente la aplicación de los medios necesarios?

— ¿Soy de los que quieren una cosa y no acaban de poner los medios eficaces?

— ¿Soy de los que quieren "solamente" a Dios, o de los que quieren por una parte a Dios y por otra no quieren sacrificarse nada?

— ¿Soy de los que están dispuestos a dejarlo todo cuando lo quiere Dios?

— ¿Estoy tan libre que me porto como si lo hubiera dejado todo, y rehago mi vida, con originalidad, sin tener en cuenta las posiciones adquiridas, sin prejuicios y sin rutina?

— ¿Amo lo difícil como el clima mejor para servir a Dios de balde?



Las tres maneras de humildad

(Ejercicios nn. 164-168.)

Lo que vamos a hacer ahora no es propiamente una meditación, sino una instrucción sobre lo que debes pensar atentamente durante todo el día.

Para entenderlo mejor, te conviene esforzarte por llegar a la tercera y perfecta humildad: sólo así comenzarás a entenderla más fácilmente. Y si no logras llegar tan alto, repite los tres coloquios de la meditación de las banderas (Ej. n. 147), con la nota que pone San Ignacio después de la meditación de los Binarios: y pídele a Dios que te ponga en condiciones en que no tengas más remedio que llegar a la santidad.

Se trata, pues, de entender bien lo que es la humildad y de aficionarte sincera y cordialmente a esta virtud.

PRIMERA MANERA DE HUMILDAD.

Consiste en que "así me baje y así me humille, cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la ley de Dios nuestro Señor, de tal suerte, que aunque me hiciesen señor de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, quier divino, quier humano, que me obligue a pecado mortal". (Ej. n. 165).

Es decir, que, puesto que la humildad es "la verdad" (Santa Teresa), esta primera manera de humildad consiste en que yo me sitúe en la verdad de mi condición de criatura. Por tanto, debo reconocer los derechos de Dios, nuestro Criador y Señor, y debo someterme a su voluntad, aun a costa de cualquier sacrificio.

SEGUNDA MANERA DE HUMILDAD.

"La segunda es más perfecta humildad que la primera, es a saber, si me hallo en tal punto, que no quiero, ni me afecto más a tener riqueza que pobreza, a querer honor que deshonor, a desear vida larga que corta, siendo igual servicio de Dios nuestro Señor y salud de mi alma; y con esto, que por todo lo criado,

ni porque la vida me quitasen, no sea en deliberar hacer un pecado venial". (Ej. n. 166).

Puesto que la humildad es "la verdad", la segunda manera de humildad consiste en que yo reconozca la infinita majestad y bondad de mi Padre Dios, y por tanto mi condición frente a El. Yo debo estimar de tal modo su sabiduría, su bondad y su poder, que no anteponga ninguno de mis caprichos a sus deseos (indiferencia), seguro de que lo que El quiere y elige es lo mejor para mí; y por otra parte, me someto gustoso a sus disposiciones no queriendo desagradarle en nada.

TERCERA MANERA DE HUMILDAD.

"La tercera es humildad perfectísima, es a saber, cuando incluyendo la primera y segunda, siendo igual alabanza y gloria de la divina majestad, por imitar y parecer más, actualmente, a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riquezas, oprobios con Cristo lleno dellos que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fué tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo." (Ej. n. 167).

También la tercera manera de humildad se funda en la verdad.

Porque al descubrir más profundamente el misterio del Dios Redentor, por el misterio de la cruz, y al comprender que Dios nos ha predestinado para hacernos conformes a la imagen de su Hijo (Rom. 8, 29), comprendemos que debemos adaptarnos al orden de su providencia y tratar de acomodarnos a Jesús, participando de sus misterios y de su cruz como el mejor camino para servirle en su Iglesia.

Al menos, a esto se nos debe ir el corazón. Y esto debemos desear con toda el alma.

Pídele a Dios, por medio de Jesucristo y de la Virgen:

- que yo comprenda mi condición de criatura y te obedezca siempre;
- que yo comprenda mi condición de "hijo" y te agrade en todo, y anteponga tu gusto siempre al mío;
- que yo comprenda mi condición de redimido, miembro de tu cuerpo místico y me adapte a mi Cabeza-Jesús.

Meditaciones de Pasión

(Ejercicios nn. 190-199; 287-298.)

Las meditaciones de la TERCERA SEMANA corresponden a los misterios de la Pasión.

No importa cuáles se elijan. Lo importante es que se enderecen las consideraciones a alcanzar el fruto propio de esta semana.

Se puede conseguir de estas meditaciones:

- 1) Aborrecimiento más profundo de nuestros pecados "porque por mis pecados va el Señor a la Pasión". (Ej. n. 193; cfr. 197, 206).
- 2) Mayor estima de Jesucristo y amor más fuerte hacia El, con deseos de seguirle de cerca y de participar de sus dolores. (Ej. n. 197).
- 3) Enmienda de la propia vida al contrastarla con los ejemplos de Jesucristo. (Ej. n. 194).
- 4) Pero, sobre todo, lo que es propio de esta semana: "dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas y pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí". (Ej. n. 193).

Esta participación en sus dolores, supone que nos vamos identificando con Jesucristo hasta sentir como míos sus dolores.

Esto supone también que vamos penetrando poco a poco en el gran misterio de la cruz que es expiación de nuestros pecados; una fuente de gracias; un correctivo de nuestra naturaleza viciada y un acicate de las verdaderas virtudes.

Para conseguir estos frutos tan interesantes, San Ignacio nos recomienda pensar reposadamente en algún misterio de la Pasión, con este orden:

- 1) Mirar las personas: fijándome sobre todo en Jesucristo y tratando de hacerme cargo, no sólo de sus dolores corporales, sino de la pena y del martirio de su corazón. Advirtiéndome que es Dios: porque esto es lo que da valor de redención a sus obras.

2) Oír lo que dicen: atendiendo sobre todo a las palabras de Jesús y a su significado, como si estuvieran dichas para mí.

3) Ver lo que hacen: Jesús y sus enemigos, pero todo ello sometido a la misteriosa providencia del Padre.

En todas estas consideraciones debo compararme con Jesús, para comprender mejor la enmienda que necesita mi vida, y animarme a ser como El.

A estos puntos, que ya te acostumbraste a emplear en la segunda semana, debes añadir nuevas consideraciones. Por ejemplo:

4) "Considerar lo que Cristo nuestro Señor padece en la humanidad o quiere padecer". (Ej. n. 195). Y he de esforzarme aquí por participar de su dolor, no con un esfuerzo nervioso, sino con una consideración atenta, como si me hallase presente, y sobre todo con una petición humilde y perseverante.

5) "Considerar cómo la divinidad se esconde, es a saber, cómo podría destruir a sus enemigos y no lo hace, y cómo deja padecer la sacratísima humanidad, tan crudelísimamente". (Ejercicios n. 196). Comprendiendo así la voluntariedad y la libertad conque quiere ofrecerse a sufrir, haciendo milagros para padecer.

6) Finalmente: "Considerar cómo todo esto padece por mis pecados, etc., y qué debo yo hacer y padecer por El". (Ej. n. 197). Por una parte debemos aceptar nuestros dolores involuntarios, para ofrecerlos como participación providencial en su dolor, por la salvación del mundo. Pero, además, conviene que yo me ofrezca voluntariamente a sufrir, no ya con un dolor extravagante e inútil, sino con un sacrificio total de mí mismo, con que me inmole en aras de la caridad por mis hermanos.

Siempre he de acabar la meditación con un coloquio, que es una conversación familiar con Dios razonando y pidiendo lo que necesito y mostrándome tal cual soy: "según que me hallo tentado o consolado, y según que deseo hallar una virtud o otra, según que quiero dolerme o gozarme de la cosa que contemplo". (Ej. n. 199).



Meditaciones de la Resurrección

(Ejercicios nn. 218-228.)

Los misterios de la Resurrección y de la Ascensión del Señor corresponden a la cuarta semana de los Ejercicios de San Ignacio.

Mientras meditamos en estas contemplaciones debemos insistir en la enmienda de nuestra vida y en acrecentar nuestro amor a Jesucristo.

Pero ahora lo que importa sobre todo es alcanzar la gracia de "alegrarme y gozarme intensamente de tanta alegría y gozo de Cristo nuestro Señor". (Ej. n. 221).

Esta paz y alegría espiritual no interesa sólo que la sienta ahora, sino, sobre todo, que me la lleve como un tesoro para después de Ejercicios.

La alegría y el gozo de que se trata aquí, puede ser perfecta e imperfecta. Es perfecto nuestro gozo cuando es desinteresado y nos gozamos pensando en la alegría y el triunfo del amigo. Es imperfecto, cuando es algo interesado, porque vemos en el triunfo del amigo nuestro propio triunfo en esperanza.

Al meditar en el triunfo de la resurrección de mi amigo Jesús, me tengo que alegrar de todas las maneras posibles: con un gozo imperfecto, pero bueno, de esperanza en mi propio galardón; con un gozo perfecto de amistad pura: porque su gozo es el mío.

El método que recomienda San Ignacio para estas meditaciones es casi el mismo que nos ha enseñado para contemplar los misterios de la vida mortal de Jesucristo.

He de imaginarme, lo más vivamente que pueda, la escena.

He de pedir con insistencia lo que quiero y deseo, que es aquí "gracia para me alegrar y gozar intensamente de tanta alegría y gozo de Cristo nuestro Señor". (Ej. n. 221).

Y luego he de repasar las personas, las palabras y las accio-

nes, participando yo activamente en la escena, y aun tratando de desempeñar el papel mío de Jesús.

Pero añade dos nuevas consideraciones:

1) "Considerar cómo la divinidad, que parecía esconderse en la pasión, parece y se muestra ahora tan milagrosamente en la santísima resurrección, por los verdaderos y santísimos efectos de ella". (Ej. n. 223).

En realidad no sucede más que mostrarse lo que siempre fué, pero que estaba oculto por el velo de su humanidad. Pero ahora resplandece la divinidad a través de sus palabras, sus gestos y sus milagros.

He de pensar que la divinidad se esconde también en mí: y que he de dejarla traslucir en mí, a través de mis palabras y de mis gestos para gloria suya.

2) "Mirar el oficio de consolar, que Cristo nuestro Señor trae, comparando cómo unos amigos suelen consolar a otros". (Ej. n. 224).

En este punto me convendrá insistir, porque lo necesito.

Porque sin consuelo no puedo vivir. Y si no encuentro el consuelo en Dios, me lanzaré locamente a buscarlo en las criaturas. Y conviene que sepa que siempre lo encontraré en El. Porque trae este oficio y lo cumple.

Jesús nunca me fallará.

¿Podría aprender otra lección más importante?

A fuerza de gozarme con Jesús, después de haberme dolido con El, irá creciendo mi amistad. Y con la amistad la comunidad de intereses. Hasta comprender que no tenemos intereses encontrados, sino mutuos. Y que trabajar por El es trabajar por mí. Y que el gozo suyo es mío. Como mis penas fueron suyas.



Meditaciones para alcanzar amor

(Ejercicios nn. 233-237.)

En esta contemplación tengo que aprender cómo he de amar a Dios prácticamente, puesto que a esto se reduce toda la vida cristiana y yo estoy dispuesto a amarle.

Antes de comenzar la meditación recuerda San Ignacio dos cosas que deben hacerme pensar:

— que el amor de amistad se debe manifestar más con obras que con palabras: ¿quién no lo sabe?

— que cuando dos amigos se quieren, suelen demostrar su amor comunicándose uno a otro mutuamente las cosas que tienen o que pueden comunicarse.

Cuando se trate de la caridad, que es amor a Dios y al prójimo, me acordaré siempre de estas dos observaciones prácticas sobre el amor en general.

Comenzaré mi oración pensando que estoy delante de la Santísima Trinidad y de los santos y santas que están pidiendo por mí.

Insistiré mucho en la petición: "conocimiento interno de tanto bien recibido de la amistad de Dios, para que yo enteramente reconociendo, pueda en todo amar y servir a su divina majestad". (Ej. n. 233).

La táctica de esta contemplación está en conocer cómo me ha amado Dios, para que yo retorne esta amistad amándole de la misma manera.

1.—DIOS ME AMA DANDOME COSAS. (Ej. n. 234).

Repasaré cuanto tengo recibido. Todo se puede reducir a beneficios de creación, de redención y a los beneficios particulares, con que me abruma.

Pensaré, además, que cuanto Dios me ha dado es sólo una preparación indispensable para dárseme El a sí mismo por la gracia en la vida presente, por la visión y el gozo inenarrable, allá en el cielo.

Yo ahora me esforzaré por amarle del mismo modo entregándole todas mis cosas una a una y deseando que todo sea como prenda de una donación total e irrevocable de mí mismo.

Y me daré en seguida por manos de mis prójimos: porque a

ellos tengo que entregarles mi dinero, mi tiempo y mi cariño, si digo que amo a Dios.

Todas estas cosas trataré de expresarlas diciendo: "Tomad, Señor, y recibid...". (Ej. n. 234).

2.—DIOS ME AMA HACIENDOSE

PRESENTE A MI. (Ej. n. 235).

No me debe extrañar: porque todos los que se aman desean estar juntos.

Como criador de todas las cosas y conservador indispensable de todas ellas, en todas está escondido y desde todas ellas me ama.

Pero dentro de mí está como en las cosas y de un modo especial y misterioso, como Padre, creando en mí el espíritu de hijo.

Yo trataré de estar con El, no sólo descubriéndole en las cosas, y sobre todo en los hombres; sino en lo hondo de mí, que es su templo.

3.—DIOS ME AMA TRABAJANDO

POR MI. (Ej. n. 236).

La actividad incesante desarrollada en el mundo es obra de su amor para conmigo. Le agradeceré su infinita fecundidad y beneficencia.

Y admiraré sus caminos providenciales, por los que quiso saber de nuestro trabajo humano, cansado y sudoroso, en Nazaret.

Y sabiendo que el trabajo es un buen modo de expresión para manifestar el amor, me alegraré de que mi trabajo sea así.

Un trabajo perfecto, pacífico, amoroso: como el suyo. Y prestado por amor suyo a los hombres.

4.—DIOS ME AMA MANIFESTANDOSE A

TRAVES DE LAS COSAS. (Ej. n. 237).

Porque era difícil, imposible, conocerle como es, y excitar en nosotros el afecto, sin la comparación de las criaturas, quiso que en todas ellas se reflejasen sus perfecciones y me hablasen de El.

Y todas las cosas cumplieron con su oficio y despertaron en mí un amor desconocido, irresistible, que era nostalgia de Dios. Fuí yo quien no supo interpretar su lenguaje y comprender que era Dios quien se manifestaba a través de ellas. Y que no era lícito poner el corazón entero sino en El.